

(1) esta es la *libertad*. El buen uso de la libertad produce el bien y constituye una perfeccion: el mal uso de ella conduce al mal y es una imperfeccion. Los repetidos actos de una libertad perfecta producen un bien continuo, que como se ve, no puede ser sino el resultado del hábito; y el hábito de hacer constantemente el bien constituye la bondad en el hombre. El bien que se hace puede ser encaminado, ó á favorecer á uno á quien nada se le debe, ó á dar á cada uno lo que le corresponde: lo primero se conoce con el nombre de *beneficencia*, y lo segundo, con el de *justicia*. Resulta de aquí, que los atributos ó perfecciones de la voluntad, son la *libertad*, la *bondad*, la *beneficencia* y la *justicia*.

342. Pasando al cuerpo, ya hemos dicho (2) que sus cualidades constitutivas son la extension, la impenetrabilidad y la figura. Estas tres cualidades vienen á refundirse en una sola, que es la extension: por que la figura no es mas que la extension terminada, y la impenetrabilidad proviene de la misma extension que ocupa determinado lugar, el cual no puede ser á un mismo tiempo ocupado por otro. Resulta de lo expuesto, que el carácter esencial de la materia es la extension figurada, é impenetrable. Veamos pues de qué modo se hallan todos estos atributos en Dios.

ARTICULO SEGUNDO:

Del modo con que se hallan en Dios los atributos y perfecciones de las criaturas.

343. Para saberlo, es preciso no abandonar un

(1) § 144. pág. 112. (2) §§ 58, 59 y 60. pág. 123.

punto nuestras primeras ideas, y despojar por lo mismo á los atributos del hombre de cuanto pueda merecer la calificación de imperfecto y limitado, con el fin de atribuírselos á Dios de un modo infinito y perfecto.

344. Dios es inteligente como lo es el hombre; pero esta inteligencia no se resiente nunca de la debilidad y limitacion del entendimiento humano. Por consecuencia de esta limitacion el hombre no puede comprenderlo todo, se equivoca las mas veces en sus juicios, engaña y es engañado: luego Dios por consecuencia de su perfeccion lo comprenderá todo, no podrá equivocarse nunca, no podrá engañarse ni engañarnos. ¿Cómo calificar, pues, esta inteligencia soberana? Con el nombre de infinita: por que entendemos por infinito, segun hemos advertido ya, aquello que es tan grande y tan perfecto, que no puede ya concebirse ni existir otra cosa mayor ni mas perfecta. (1) Infiérese de aquí, que Dios es infinitamente inteligente, por que todo lo comprende, en nada se equivoca, y es incapaz de engañarse y engañar. Las dos primeras circunstancias constituyen la ciencia en un grado infinito, y la tercera, la veracidad en un grado infinito. Una inteligencia infinita nos da pues las ideas de *omnisciencia* y *veracidad* suma. Dios pues es *omniscio*, é *infinitamente veraz*.

345. Que Dios tiene voluntad, es decir, la facultad de querer ó no querer, es una cosa que no exige demostracion. Lo que importa examinar aquí

(1) *Secc. 1.^a part. 1.^a cap. 1.^o § 99 pág. 84.*

son los caracteres de esta voluntad perfectísima, á cuyo conocimiento nos aproxima la experiencia constante que tenemos de los muchos vicios en que abunda nuestra voluntad propia. La facultad de querer y no querer, ó sea la voluntad misma, tiene un objeto fijo, del cual no puede apartarse sin degenerar. Querer el bien, no querer el mal, he aquí el objeto de la voluntad; y por lo mismo el blanco de nuestros deseos y la norma de nuestra conducta. Pero el hecho es que obedeciendo con demasiada frecuencia al impulso loco de las pasiones desarregladas, perdemos de vista nuestro verdadero objeto, nos empeñamos en seducirnos, nos extraviarnos del sendero, desechamos un bien sólido y estable, á trueque de conseguir un verdadero mal, que la imaginación reviste siempre con las bellas apariencias y el colorido agradable de un bien. Tal es la consecuencia de nuestra imperfección y miseria, y el argumento más adecuado para inferir que el ente sumamente perfecto, el ente necesario, tiene una voluntad exenta de esas deplorables alternativas, una voluntad infalible, una voluntad, en fin, eternamente fija en el único y verdadero bien.

346. El bien es consecuencia precisa de una libertad bien dirigida, y pues que la libertad produce semejante resultado, es en sí misma una verdadera perfección. Dios, pues, es libre, así como lo es el hombre; pero dirigiéndose la libertad de Dios constantemente al bien, esta libertad es infinita. En efecto, la libertad es tanto más perfecta cuanto más se acerca á su objeto, cuanto menor es el número de los objetos que pudieran extraviarla y el influjo

de las pasiones que la envilecen, la debilitan, y muchas veces parece que llegan á destruirla. Dios está exento de este influjo maligno, es imposible atribuirle pasiones, por que nada debe tener que le degrade, nada que le combata, nada que le subyugue: luego no tiene obstáculo ninguno para el bien, y por lo mismo su libertad toca en el último punto de la perfección. Mas allá de este punto solo queda un nombre vano, el nombre de la *nada*, y como la nada no corresponde á ninguna idea positiva, tampoco puede comprenderse en la esfera de la infinita perfección. Si pues la libertad es tanto más perfecta cuantos ménos obstáculos tiene para el bien; si la libertad de Dios no tiene obstáculo ninguno; si por lo mismo toca en el último punto de perfección, y si este último punto de perfección es precisamente lo que entendemos por infinito, debe inferirse de lo expuesto, que Dios es infinitamente libre.

347. No puede ser infinitamente libre, sin amar constantemente el bien, amarlo inmutable, amarlo eternamente. Hemos visto que el amor del bien constituye la bondad: también vemos que el amor del bien está en razón directa del buen uso de la libertad, y que la libertad de Dios es infinita. Una libertad infinita es pues inseparable de una bondad infinita. Luego si Dios es infinitamente libre, es infinitamente bueno. Siendo el hombre una imagen de Dios, tiene sin duda algunos rasgos de su bondad. Por esto vemos tantos hombres ante quienes la posteridad se inclina á rendir un tributo debido á las grandes virtudes. El amor al bien es esencialmente expansivo, tiende á difundirse, y aunque en grados

diferentes, siempre se hace notar en el empeño constante de favorecer á los otros. Esta inclinacion á mejorar la suerte de otros hombres, á proteger al desvalido, á consolar al que padece, á establecer asilos para la humanidad afligida, á poner á cubierto de la persecucion al hombre combatido, y á todo aquello que da por resultado un bien gratuito, se conoce con el nombre de *beneficencia*, palabra de que nos valemos, para conformarnos con el idioma filosófico; pero que reemplaza mui indignamente á la palabra *caridad*, consignada por el Divino autor del Cristianismo en el libro santo del Evangelio. La beneficencia es sin duda alguna una perfeccion; pero aunque hai hombres que han logrado poseerla en un grado sublime, nunca puede ni debe compararse con la accion inefable de la bondad infinita de Dios sobre sus criaturas. El hombre hará muchos bienes, pero bienes por su naturaleza limitados: hacer un bien infinito, un bien que excluya todo temor, un bien que llene perfectamente el corazon humano, es atributo exclusivo de Dios. Un hombre podrá favorecer á su siglo, mas nunca lisongearse de mejorar la suerte de la posteridad: favorecer á todas las generaciones y en todos los siglos es una obra infinita y por consiguiente, de Dios. Un hombre concebirá, si se quiere, los mas grandes designios; pero limitado por su naturaleza, tendrá que luchar á cada paso con la ignorancia, la imprevision, la debilidad; no atinará con todos los medios, no será capaz de ponerlos en práctica; y al fin de una larga y penosa carrera pasada en el ejercicio del bien, verá con cierta especie de sentimiento que nada ha hecho, respecto de lo mucho que aun

queda por hacer: hacerlo todo, no dejar nada incompleto en la escala del bien, no es una cosa compatible con la triste y deprecable condicion de la especie humana, sino un atributo infinito, un atributo exclusivo de la Divinidad. Finalmente, el hombre consigue hacer un bien en que descanza su corazon; ¿pero será dueño de conservarlo? ¿estará en su arbitrio sacarlo de la esfera de las vicisitudes humanas? ¿triumfará de las leyes de la naturaleza, de los accidentes de la fortuna, de la inconsecuencia de los hombres, de la muerte, en fin, que viene á poner término á sus acciones en el órden de la vida? Examinemos ahora ese carácter con que se manifiesta Dios en sus bienes. Los siglos, la naturaleza toda, los acontecimientos diversos están colocados siempre bajo su mano; y le basta querer, para que un bien triunfe de todas las contradicciones y quede á cubierto de todas las vicisitudes. Dios, pues, hace el bien, lo hace sin límites, lo hace con absoluta perfeccion, lo hace universalmente, lo hace constantemente, lo conserva sin cesar. No darémos á este sublime atributo el nombre de *beneficencia*, palabra mui mezquina, que confundiria en cierto modo á Dios con el hombre. Este atributo grande, esta efusion continua de la bondad suma, esta mirada universal sobre todas las cosas, para que no falten á su destino, esta consagracion eficaz del universo todo á la felicidad del hombre, ese maravilloso encadenamiento de causas y de efectos, de fines relativos, con que todo lo dirige Dios á nuestro bien estar, es lo que designamos con el nombre de *Providencia*.

348. Dios como infinitamente bueno, es esencial-

mente enemigo del mal, y por consiguiente es un remunerador perfecto, que recompensa al que practica la virtud, y castiga al vicioso. Si estas dos clases de individuos corriesen la misma suerte, Dios no podria llamarse bueno, pues en este mismo hecho, es decir, en el hecho de nivelar los unos con los otros, se mostraria tan indiferente á las virtudes como á los crímenes, no haria distincion alguna entre el inocente y el culpado, y quedarian sin explicacion así los infortunios y trabajos del primero, como la prosperidad y los placeres del segundo. Si pues, aun entre los hombres se reputa por un monstruo quien favorece al vicio y persigue la virtud; si en todas las naciones y en todos los siglos se ha visto con horror la injusticia y la iniquidad; ¿necesitarémos por ventura de llenar muchas páginas de argumentos, para dejar sólidamente confirmada la *justicia infinita* del Ser por esencia? Como infinitamente inteligente y sábio comprende y aplica con absoluta y suma perfeccion las leyes de la justicia; como infinitamente bueno, las ama y observa: ningun impulso ageno puede apartarle de estas leyes inmutables, por que es independiente, y se basta á sí mismo. ¿Qué obstáculo podria pues detenerle? ¿acaso la debilidad? mucho ménos; por que esta es una imperfeccion, un defecto incompatible con la idea de una perfeccion infinita. Así pues, es necesario concluir que conoce la justicia; que quiere y puede practicarla; y por consiguiente, que es *infinitamente justo*.

349. Hemos hecho algunas indicaciones comparativas, partiendo de las nociones que tenemos del entendimiento y de la voluntad humana: para concluir,

dirémos una palabra sobre la *Omnipotencia*.

350. El entendimiento que concibe y la voluntad que quiere serian del todo inútiles, si á ellos no estuviese unida la fuerza que ejecuta. En el sistema actual de las cosas, la idea del poder se nos manifiesta cuando vemos ejecutarse nuestros deseos por el ascendiente de la autoridad ó por el uso de la fuerza; pero las ideas que tenemos del poder humano no bastan á cerciorarnos del poder divino, si bien suministran algunas luces para conocerlo. El hombre no siempre quiere lo que puede, ni siempre puede lo que quiere; y estas dos circunstancias limitan extraordinariamente su poder. Dios, al contrario, puede siempre lo que quiere, aunque no siempre quiera lo que puede. Resulta de aquí que lo puede todo; pero que no lo hace todo; y como la circunstancia de poderlo todo constituye la *Omnipotencia*, Dios es Omnipotente. Que Dios puede lo que quiere es una consecuencia de su carácter de infinito. En el supuesto de que Dios quiera algo, debemos convenir en que lo puede: por que si no: ¿qué otra mano habia de ejecutar sus deseos? ¿cuál de los entes contingentes se lisongearia de poder lo que no pudiese el ente necesario? Efectos aquellos de esta causa comun, no tienen perfeccion alguna que no venga de Dios. Si pues fuera de ellos no queda mas que el ente necesario, preciso es convenir en que este es dueño de ejecutar todo lo posible: por que malamente llamaríamos posible lo que no pudiera ser ejecutado por nadie; y como Dios no puede querer sino lo posible; resulta de aquí, que puede todo lo que quiere y que su poder es infinito.

351. Si de esta prueba metafísica pasamos al orden

físico, desde luego se nos presenta el Universo á revelarnos la creacion; y la creacion, á descubrirnos la Omnipotencia. Que un hombre haga entrar en combinaciones nuevas los elementos primitivos, varíe constantemente el colorido y la forma de los objetos materiales, imite y aun mejore los bellos cuadros, tome en sus manos el buril y el cincel, y á un impluso de su voluntad *anime el mármol y haga respirar el bronce*, todo esto es una maravilla de poder, una fuerza prodigiosa de accion y una causa mui justa para sorprendernos y admirarnos; pero al fin, ninguna de estas cosas nos muestra el poder sumo, por que ninguna de ellas hubiera existido, si no hubiera contado el artista con la dócil materia que se amolda bajo su mano y obedece al instrumento que la modifica. Pero criar, es decir, sacar de la nada una cosa, sin mas trabajo que mandarlo; decir *hágase la luz* para que al instante brote del caos y lo haga desaparecer; hacer que repentinamente existan y vuelen por sus órbitas inmensas esas masas enormes que pueblan el espacio; sacar de la voluntad, de un acto instantáneo de ella al hombre y la naturaleza; he aquí las muestras inequívocas de un poder sumo que nos confunde soberanamente, y lo que Dios ha hecho para revelarnos á un tiempo mismo nuestra pequeñez y su grandeza, nuestra nada y su esencia infinita, nuestra debilidad y su Omnipotencia.

352 Hasta aquí nos hemos detenido en las facultades de nuestra alma para conocer algunos de los atributos de Dios; pero no basta esto: debemos aun investigar el modo con que se hallan en Dios las propiedades de los cuerpos.

353, Dios tiene esencialmente las perfecciones de la materia; pero las posee sin participar en lo absoluto de su naturaleza material. Las posee de un modo mas noble, de un modo fundamental, de un modo eminente é infinito; las posee en la plenitud de su poder, en la plenitud de su inteligencia; las comprende desde la eternidad y tiene el poder de hacerlas existir; las posee, por último, en su *inmensidad*: atributo que todo lo explica, cuando se trata de averiguar el modo con que se hallan en él las perfecciones de la materia. Dios es *inmenso*, y en esta *inmensidad*, que no es extensa, se encierra toda extension; en esta inmensidad que no se mueve ni divide, se comprende, en su esencia mas pura, cuanto se mueve, cuanto se divide y separa; en esta inmensidad, donde no hai sucesion, ni por consiguiente tiempo, están contenidas las generaciones y los siglos.

354. „¿Pero de dónde viene, pregunta un esclarecido «filósofo, que estando en Dios la extension &.^a, no «quiera yo llamarle extenso y corporal? Hai una extrema diferencia entre atribuir á Dios todo lo positivo «de la extension, y atribuirle la extension con algun «límite ó negacion. Quien pone aquella sin límites la «cambia en *inmensidad*: quien la establece con algun límite constituye luego la naturaleza corpórea. «Destituid á la extension de sus límites, y le quitáis «en el mismo hecho la figura, la divisibilidad, el movimiento y la impenetrabilidad: la figura, por que «resulta nada ménos que de los límites de una superficie: la divisibilidad, por que lo infinito, no podria «sin perder su esencia ser disminuido, ni por consiguiente dividido, ni por consiguiente compuesto y

«divisible: el movimiento, por que si suponéis un todo «destituido de partes y de límites, no puede moverse «mas allá de su sitio, pues no hai sitio mas allá del «verdadero infinito; ni cambiar la colocacion y situa- «cion de sus partes, pues no tiene partes ningunas que «lo compongan: en fin, la impenetrabilidad, puesto «que ella no puede concebirse sin concebir dos cuer- «pos limitados y diversos, cada uno de los cuales no «pueda ocupar á un mismo tiempo el mismo espacio «que el otro ocupa: es así, que no pueden suponerse «dos cuerpos de la manera referida en una extension «infinita é indivisible; luego en esta no hai ni puede «haber impenetrabilidad. (1)

Conclusion.

355. De las ideas que acabamos de exponer se intiere claramente que Dios tiene en un grado eminente la parte positiva de las perfecciones de la materia, sin tener nada de corpóreo: y esto es tan evidente, que se halla íntimamente ligado con las primeras verdades. Para negar lo primero, seria preciso sostener el absurdo de que hubiese un efecto sin causa; para negar lo segundo, seria indispensable quitar á Dios lo infinito, y precipitarse en el ateísmo. ¿Qué mas se necesita? Asegurada la razon con la evidencia de estas primeras verdades, no deben inquietarla por cierto los sofismas y cavilaciones de un entendimiento orgulloso. Si queriendo pasar de aquí, per-

(1) Fenelon, *De l'existence de Dieu*, 2.^a part. chap. V. art. 4.^o

sistimos en explicarlo todo y queremos analizar á Dios, y nos empeñamos en hacer entrar su inmensidad en el pequeño círculo de nuestra inteligencia, decididos á no creer nada miéntras no lo comprendamos todo, nuestra locura es irremediable y nuestra condicion en extremo lastimosa. Contentémonos con lo que se nos ha dicho y no aspiremos á lo que no se nos quiere revelar, seamos dóciles á la inspiracion benigna de una razon exenta de preocupaciones, y esto nos basta para entender con claridad y triunfar de todos los sofismas.

356. Para concluir esta materia, permítasenos transcribir una demostracion sencilla de la existencia y atributos de Dios. Si no es una recapitulacion perfecta de cuanto hemos dicho hasta aquí, puede tenerse á lo ménos como una prueba natural y fácil, de que no queremos privar á cierta clase de personas, incapaces de elevarse á la esfera de las pruebas metafísicas y aun físicas que suponen mucha capacidad.

357. „No podemos, dice un célebre filósofo, (1) dejar de confesar cuan limitados somos. Cada instante advertimos la imposibilidad de tener ó hacer lo que deseamos; y nuestra felicidad, igualmente que nuestra vida, depende *en gran parte*, de cuanto nos rodea.”

358. „¿Pero los cuerpos, de que dependemos, tienen designio de obrar en nosotros? Sin duda que no, sino que ellos mismos dependen y obedecen al movimiento que les es dado.”

359. „La manecilla de un reloj señala las horas;

(1) Condillac, *Grammaire, Précis des Leçons Préliminaires*, art. V.

pero no tiene voluntad de señalarlas, sino que obedece al muelle que hai en el reloj. El relojero hizo la manecilla y el muelle; y así, él es la causa y el reloj es el efecto."

360. „Notamos en el reloj una subordinacion de efectos y de causas. La manecilla se mueve: he aquí un efecto. El movimiento le es dado por una rueda que obra en ella inmediatamente, y esta rueda es la causa del movimiento de la manecilla. El movimiento de esta rueda es un efecto con relacion á otra rueda que le da movimiento, y así sucesivamente. Vemos, pues, que desde el movimiento del muelle hasta el de la manecilla, hai una serie de movimientos, que son á un mismo tiempo, efectos y causas, bajo diferentes respectos."

361. „Un ejemplo mas familiar aclarará esto mas. Si formamos una fila de naipes, veremos que haciendo caer el primero, caen todos los demas; y observaremos que la caída del segundo es el efecto de la caída del primero, y al mismo tiempo, la causa de la caída del tercero. Esto es lo que se llama una serie de causas y efectos subordinados."

362. „Es evidente que en una serie como esta debe haber necesariamente una causa primera. Si no hubiese relojero no habria reloj."

363. „Si reflexionamos sobre nosotros mismos, quedaremos convencidos de que hai en nosotros, así como en el reloj, una serie de causas y efectos subordinados. Si reflexionamos sobre el universo, se ofrecerá este á nuestra vista como un gran reloj, donde tambien hai una subordinacion de causas y efectos."

364. „Pero hemos visto que cuando hai esta subor-

dinacion, existe necesariamente una causa primera: luego hai una causa primera que ha hecho el universo."

365. „Para establecer esta subordinacion entre las cosas, es necesario conocer perfectamente todas sus relaciones, y por lo mismo tener inteligencia de todas las partes. Un relojero no será capaz de hacer un reloj, si hai una sola parte cuyas operaciones ignore. Luego el artífice, que ha hecho el universo, tiene necesariamente *inteligencia*."

366. „Como la inteligencia del relojero debe abrazar todas las partes de un reloj, la inteligencia de la causa primera debe abrazar todo el universo. Si alguna parte se ocultase á su conocimiento, no seria posible colocarla con el orden que debe tener; y entre tanto su obra se destruiria, si una sola estuviese fuera de su lugar. Pero una inteligencia que lo abraza todo es infinita; luego la inteligencia de la causa primera es *infinita*."

367. „Pero si se ha de hacer un reloj, no basta la inteligencia sin el poder: luego la *potencia* de la primera causa se extiende tanto como su inteligencia, lo abraza todo, es infinita."

368. „Una vez que esta causa primera lo abraza todo, debe hallarse en todo lugar: luego es *inmensa*."

369. „Como esta causa es primera, debe ser independiente; por que si dependiese de otra, esta existiria primero que ella. Pero como es absolutamente necesario que haya una causa que sea primera, es manifesto que esta misma causa debe ser *independiente*."

370. „Siendo esta primera causa independiente, todopoderosa y de una inteligencia infinita, hará todo lo que quiera: luego es *libre*."

371. „Esta causa no puede adquirir nuevos conocimientos, por que entónces seria limitada su inteligencia: luego ve á un mismo tiempo lo pasado, lo presente y lo futuro. Tampoco puede mudar de resolucio; por que si mudase, no lo hubiera previsto todo: luego es *inmutable*.”

372. „Es consiguiente á su independencia, que no haya tenido principio; y que no tenga fin: pues si hubiese tenido principio, dependeria del que le hubiera dado el ser; y si pudiese tener fin, dependeria del que pudiera dejar de conservarla: luego es *eterna*.”

373. „Siendo inteligente, discierne el bien y el mal, juzga del mérito ó demérito: siendo libre, obra consiguiente; esto es, ama el bien, aborrece el mal, premia la virtud, castiga el vicio, y perdona al que se arrepiente y se enmienda. En todo esto no hace mas que lo que quiere, por que siempre quiere el bien y no puede querer sino el bien.”

374. „Las cualidades de esta causa primera se llaman *atributos*. Al atributo, por el cual castiga, se da el nombre de *justicia*: al atributo, por el cual premia, el de *bondad*: al atributo, por el cual perdona, el de *misericordia*.”

375. „La *omnipotencia*, que lo hace todo, la *inteligencia* que lo arregla todo, la *bondad*, que premia, la *justicia*, que castiga, la *misericordia*, que perdona, se expresan con el solo nombre de *Providencia*. Este trae su origen de una palabra latina, *providere*, que significa *proveer*. Y en efecto, por medio de estos atributos, provee á todo esta causa primera.”

376. „Una causa primera, infinitamente inteligente, omnipotente, independiente, libre, inmutable, eterna,

inmensa, justa, buena, misericordiosa, y cuya providencia lo abraza todo; tal es la idea que debemos tener de *Dios*.”

377. No hemos querido extendernos, al tratar de los atributos de Dios, por que despues de probada su existencia, no hai motivo ninguno para dudar de sus atributos. Nos es imposible concebir un ente necesario sin concebirlo infinitamente perfecto; y por lo mismo, todo lo que abraza la idea de perfeccion está necesariamente comprendido en la idea que tenemos de Dios. Por otra parte, no son estos puntos controvertibles sino entre un pequeño número de insensatos, que se empeñan en contradecir la existencia, disminuir ó limitar los atributos del Ser supremo, con el fin de sufocar los remordimientos y desempeñar al mismo tiempo el honorífico papel de sofistas. El verdadero sabio y el hombre del pueblo comprenden su limitacion y dependencia, y ocupan en bendecir la Providencia y alabar todos los atributos del Señor, el tiempo que gastan los incrédulos en combatir la primera y mas fecunda de todas las verdades contenidas en la ciencia del hombre y de la naturaleza. Hemos visto, pues, las razones en que se funda la creencia universal sobre la existencia de un Dios infinitamente perfecto: veamos ahora las relaciones que nos ligan íntimamente á todos los hombres con esta primera causa.

TERCERA PARTE

De las relaciones de Dios con la humanidad.

378. Aunque no podemos comprender todas las causas finales, por que se nos escapa gran parte de